

# UN POMICO DE ALARISES QUE EL ÁNIMO EMBARGA CON NOSTÁLGICA FRAGANCIA

Antonio Martínez Cerezo\*

Quienes inventaron la prensa murciana, en el venturoso siglo de las luces, dejaron a Murcia un mayúsculo legado que las autoridades locales deben procurar que llegue a todos poniendo para su difusión los medios precisos.

Háganlo, o no, tan caudalosa y enriquecedora fuente de información sabido es que existe, que late a mano, emboscando entre prescindibles párrafos infinidad de joyuelas literarias que impacientemente aguardan su feliz exhumación.

Todas ellas, cada una en su atmósfera, sin duda alguna son el mejor y más refrescante venero de las esencias murcianas, su esencialidad al desnudo.

Pasión latente. Canora acequia. Sonreído entorno.

Murcia sorprendida en su mismidad, cristiana y moruna, menestral y cortesana, capital del reino de su nombre, ufana y lozana, en el orbe siempre celebrada por ser la siete veces coronada. Y, envolviéndola con su apretado cingulillo de verduras, la Huerta de Murcia, morena y morisca, intrincada y laberíntica, natural como la vida misma, jardín por el huerto y por el huerto flor que gloriosamente apunta a primoroso fruto. En suma, la híbrida manifestación de lo nuestro, puesta en música y letra por maestros de mucho fuste y gran conocimiento del terreno, sin más fanfarria de vientos, cuerdas y metales que el amor propio. Por donde el amor bien entendido venturosamente empieza.

De todo lo cual valgan los cuatro ejemplos (en ortografía original, sin punto quitar ni coma poner) que arracimo aquí en un todo, como un pomico de alarises que el ánimo embarga con nostálgica fragancia.

## I

### GALÁN DEL HUERTO EL LIMO, SE ADVIERTE AQUÍ LUCIR

El «Diario de Murcia» del martes 10 de abril de 1792, bajo el titular 'El mes de Abril', saluda así al 'de las aguas mil':

¡Qué objetos tan risueños,  
qué agradable pensil,  
á los ojos ofrece,  
en este día Abril!  
Por esta pradería,  
se mira allí luzir,  
la Reyna de las flores,  
afrenta del carmin,  
Allá se ve un clavel,  
por acá un alheli,  
acullá un amaranto,  
y un tulipan allí.

Con breves y precisos trazos el edénico entorno va siendo delimitado:

En los brazos de un olmo,  
la parra se vé aqui,  
y en su regazo forman,  
el talamo feliz.  
Allí lasciva yedra,  
se mira al muro azir, [asir]  
y en dulce maridage,  
vinculan su vivir.  
Galan del Huerto el Limo,  
se advierte aqui lucir,  
formando verde enlace,  
con el blanco matiz.

He aquí un precioso retrato tardoochocentista de la Huerta de Murcia, en su sinisecular esencialidad cristianomorisca:

Narcízo del vergel, [Narciso]  
y Adonis del Jardin,  
hacia esta parte asoma,  
el candido Jazmin.

Florido el mirto, á Venus  
se consagra gentil,  
y el verde Cipariso,  
el cuello empieza à esguir. [erguir]  
La arpada Filomena,  
el Alva ve venir, [alba]  
y con su canto anuncia,  
las luces del nadir.

Que en Murcia faltara el mirto a Venus sería imperdonable, la diosa a quien pudiera deber su nombre (Myrtia) convoca al catecumenado:

Por toda la floresta,  
se notan discurrir,  
Zagalas ciento a ciento,  
Zagales mil a mil.  
A Pacorra y Colasa,  
a Manolo y a Gil,  
al són de su rabél,  
Anton les canta así:  
“De que sale Maruja,  
de su barraca,  
se queda Alifonso,  
echo una estauta” [estatua].

Exhausto el numen cultista, el deje local se va configurando en el hacer del vate:

“Desde Carrastulienas, [carnestolendas]  
que se fue Pencho,  
estas hecha Maama, [mi alma]  
un escalete ... [esqueleto]  
Trinan las castañuelas  
y sin ningún deslíz,  
Zagalas y Zagales  
alternan al salir.  
Con su escopeta y manta,  
con listas carmesis,  
está Paco embozado,  
en torno del festín”.

La huertana tarjeta de presentación se perfila en sus mínimos detalles:

“Al otro lado Pepe,  
mas bello que Amadis,  
cortando esta un cigarro,  
mirando de perfil.  
Pacorra viendo á Pepe,  
se pone á sonreír,  
y Anica se sonroosa,  
mirando a Paco así.

Y, como no hay regla sin excepción, la bucólica escena muestra su sombrío envés:

Solo el triste Colache,  
sin hablar ni reír,

adora de Bastiana  
los rigores sin fin.  
¡Miserable Colache!  
¡Zagalejo infeliz!  
tú solamente eres,  
desgraciado en Abril.

Que solamente uno, un infeliz mortal, sea desgraciado en abril no es justo. Lo normal en abril no es sufrir de amor, sino gozarse en amores. Porque Murcia, en abril, es un amor. Un amor de amor lleno.

## 2

### TEN EN MEMORIA QUE SI MUCHO ME QUIERES GANAS LA GLORIA

Mi parco saber musicológico me impide pronunciar sobre el valor musical de la composición intitulada ‘Camino del cielo’, del ingenio y mano del compositor murciano Manuel Fernández Caballero (1835-1906) sobre el poema homónimo del también murciano poeta Miguel Rubio Arróniz (1830-1906?), editada por A. Romero, en Madrid, en 1866; de cuya feliz recuperación, por mí, en la Biblioteca Nacional, Madrid, di cuenta hace algún tiempo.

Quede para los musicólogos pronunciarse sobre el particular, que suya es la competencia.

Por lo demás, en la cabecera del papel pautado impreso consta la dedicatoria de la obra: «á la Señta. D. Enriqueta Carrasco Torrijos». Y los preceptivos créditos de autoridad. Música: Manuel Fernández Caballero. ‘Camino del Cielo’. Poesía: Miguel Rubio Arróniz. Y, ya en el preámbulo de la pieza, ‘Piano. Moderato con delicadeza’, con las preceptivas notas musicales acogiendo la composición poética, dividida en cuatro estrofas, de siete versos cada una.

De la atenta lectura de la primera estrofa se desprende un amor que se presume contrariado.

Los que de amores viven  
viven muriendo:  
los que mueren de amores,  
suben al cielo.

Ten en memoria  
que si mucho me quieres  
ganas la gloria.

El amante hace a la amada una confesión moralizadora. Vivir de amores es vivir muriendo. Mas quienes mueren de amores suben al cielo. O sea: lo ganan. Pero el cielo puede también alcanzarse en la tierra. De ahí que el contrariado amante aleccione a la amada en favor de su causa: «Ten en memoria que si mucho me quieres ganas la gloria».

Un mundo sin amores  
fuera un infierno,  
que el amor es sin duda  
la luz del cielo;  
y los amantes,  
cuando mueren de amores  
se tornan ángeles.

El cielo y el infierno en la tierra son estados mentales, envés el cielo, y revés el infierno. Amor y desamor. Gozo y pena. El mundo sin amores es un infierno, un vivir agonizante, un sinvivir anhelando merecer ese amor que está ahí, al alcance de la mano; pero que se resiste. Porque ... ¿qué es el amor, sino la luz del cielo, el cielo en la tierra, paraíso? Razón de más para que los amantes cuando mueran de amores (amor que mata) se tornen ángeles, criaturas con alas, espíritus celestes, almas que vuelan, ala con ala, flotando sobre mullidas nubes, rumbo a la gloria.

Díceme tu vecina  
que no me quieres.  
¡Qué envidiosa es el alma  
de las mujeres!  
¿Y en esta lidia,  
será tu amor movido por otra envidia?

El amor no está de amor lleno cuando la amenaza de la envidia acecha. El del amor no es un camino de rosas. La rosa oculta tras su belleza la espina. Los amantes pugnan por amarse, que no otra aspiración alientan. Pero el mundo en torno pugna por deshacer los vínculos que

sella el amor emergente. En el círculo de tiza del amor aflora la entrometida, la que anda murmurando que la amante no quiere al amado, tal vez porque lo ansía para sí. Sentimiento que inspira una sospecha que apunta a certeza en el alma recelosa del amante, sutil como un lazo.

Cuando estoy a tu lado  
me siento enfermo,  
y cuanto más te acercas  
mas me conduelo.

Haz por mi suerte,  
que por este camino  
legue a la muerte.

Claro es que el amor mata, lenta y eficazmente. La patología amorosa ofrece infinitos matices, permanentes ahogos, insufribles traumas e interesa con su aherrojada daga el alma del amante la ausencia de la amada. Y, también, la presencia del ser amado, fuego que quema. Verte y no verte. Sentirte y no sentirte. El amante enferma sin la amada, sin más presencia de ella que la ausencia, el vacío dibujado como un roto en el recuerdo. Y, no menos, cuando la amante se acerca a su lado, presumiblemente con desdén, ahogándole con su indiferencia. Lo que inspira un ruego final, un voto con ínfulas de epitafio:

-Haz por mi suerte, que por este camino llegue a la muerte.

### 3

#### Y QUE NO ME MUERA YO SIN QUE LO CUENTE

Murcia debe su himno a Alcantarilla. O mejor dicho: a un alcantarillí con los machos bien puestos. El 'Himno a Murcia' (1922), tan solemne, grave y bucólico, lo compuso 'el poeta con quevedos', Pedro Jara Carrillo (1878-1927), natural de Alcantarilla, musicado por el maestro Emilio Ramírez.

Interpretado por primera vez, en el Teatro Romea, el nueve de junio de 1922, gozó de pronta aceptación en los actos públicos más solemnes, como protocolario y regio cierre de todo acontecer festivo o conmemorativo, su natural broche de oro.

Como himno oficial de la tierra rivaliza con el ‘Canto a Murcia’ de *La Parranda* (1928), de Luis Fernández Aldavín y Francisco Alonso, configurado éste como ‘el himno popular’, el que inevitablemente se entona cuando las entrechocadas copas invitan a volar por libre y el espíritu del personal murciano se eleva hasta parajes siderales.

La cuarteta inicial del ‘Himno a Murcia’ traza con fina hilatura las bondades de la novia.

¡Murcia!, la patria bella  
de la huerta sultana;  
novia rica y lozana  
siempre llena de azahar.

Desprovista de velo (que eso significa desvelar) su aromante y primorosa figura vegetal aparece tocada por el dosel del cielo (simpar corona), ese azuleante cielo azul (tan nuestro) que de tan buena gana se llevarían consigo de Murcia los foráneos que en sus verdes pagos no conocen cosa igual.

De tu cielo esplendente  
el dosel se despliega  
desde el mar a la vega,  
desde la vega al mar.

Sultana, novia, reina ..., entre la vega y el mar, las insignias de la esplendorosa novia se subliman ya en su condición de madre de familia, noble y virtuosa, con pecho de quita y pon, para el hijo propio y el ajeno, corazón de acequia derramada para el rey Alfonso X El Sabio, a quien en Murcia llanamente se nombra Alfonso ‘Equis’ por aquello de la confianza.

Reina de las matronas,  
demuestras la hidalguía  
de tu blasón,  
pues llevas en tu escudo  
entre siete coronas, un corazón.

Corazón alfonsí. De grana y oro, claro. Porque sin sangre y sol la tierra es nada. Murcia, tan pasional en su sangre, mantiene un idilio con el sol que viene del prin-

cipio de los tiempos. Ese sol nuestro, tan nuestro, que ya era moneda de oro antes de que hubiera monedas y antes, incluso, de que hubiera oro.

Desde tu torre cristiana,  
que baña su cruz de oro  
en la luz de la mañana,  
parece el sol un rey moro  
que requiebra a su sultana.

Viento el mundo de su propio fuego, la tierra y el agua conforman la rica argamasa donde nace la flor más humilde de la senda: la floreta, pasto de llantas, herraduras y esparteñas, frescor de la siesta, amor de las cabras.

Y entre una senda de flores  
que van tejiendo el estío,  
murmurando sus amores  
perezoso cruza el río.

Y, a modo de estribillo, la felicísima nueva de la flor abriéndose en el huerto en su renovada anual circuncisión, como el niño que da en adolescente cuando las brevas maduran y la miel sabe a romero.

Cuna florida del sol,  
joya del suelo español.

La chicharra en la morera rubrica su ebriedad. El sol la enciende y aviva. No hay en la Huerta murciana criatura viva que simbolice mejor el caneo local, la calor que sigue al calor y las calores en que gozosamente remata el proceso: la chicharrera.

Vega, divino tesoro,  
entre tus verdes maizales  
vibra como arpa de oro  
el manto de tus trigales.

Maizales de los amores de urgencia, donde el milagro de la vida se reinventa cuando ‘dos son estopa y... pasa el viento y sopla’. Trigales, en rubias pirámides, de cuando las eras daban nombre a los lugares. Un suponer, las Ericas de Belchí,

vecinas de la Arrixaca, hoy enfermas de autovía.

En tus naranjos se llena  
un incensario de azahar,  
para la Virgen morena,  
que hizo en la tierra su altar.

Por un dorado hilo de oro, tan joyoso  
y rutilante como el que el gusano de seda  
enhebra en las intrincadas ramas de la  
boja, el diapasón desciende desde lo alto y  
deviene trasunto competencial.

Parranda soñadora  
siempre henchida de gozo;  
copa madrugadora  
que suena retardadora  
en los celos de mozo.

Y hete aquí que por la senda a zaga que  
va tejiendo el estío, en ruidosa avanzada  
llega la jacarandosa parranda, metiendo  
bulla y requiriendo tratos de amores con  
resultas.

Oyendo la armonía  
que tu guitarra guarda,  
todo la vida mía  
a la sombra estará  
de tu torre gallarda.

Qué virilmente, o gallarda, se alza la  
torre catedralicia en mitad de la vega,  
orientando el tiempo que va desde el orto  
al ocaso, cuando el mundo clama «¡salve!»  
ante el milagro repetido de la vida en forma  
de nuevo día y ‘hasta mañana, si Dios  
quiere, que seguro que querrá’.

De tu torre gigante  
que a los cielos se asoma  
y en un lápiz fragante  
duerme como paloma.

La sombra, luz con antifaz. La media  
tarde, la noche en ciernes, la noche plena.  
El reloj se embosca, las campanas se  
embozan, la torre se diluye. La ciudad y  
la vega, indefensas cordericas, duermen  
apabiladas por la torre, esperando el nue-

vo día; que a diario rompe por el Miravete,  
patria de Antonete Gálvez, el caudillo can-  
tonal que cabalgaba un caballo con una  
estrella en la frente.

Murcia, joya del rico suelo español,  
soñando paraíso, cuna del sol.

Se incendian los papos, se alzan los  
ojos, se abre el pecho, falta la respiración.  
Alguien mueve un brazo para darle fuelle  
a los pulmones. Hora es del sostenido do  
de pecho.

¡Murcia, la patria bella  
de la Huerta sultana;  
novia rica y lozana,  
siempre llena de azahar.

Y con lágrimas en los ojos, por la emo-  
ción y el contento, el clímax alcanza ri-  
betes de suprema exaltación, un cólico  
etílico de legítimo orgullo, de vernácula  
satisfacción.

Rico tesoro, bella ciudad,  
sagrario de la santa fecundidad.

‘Que no me muera yo sin que lo cuente’  
es verso de Jara Carrillo, periodista, poeta  
y político alcantarillí, a quien todo murcia-  
no debe lauro. La anchura de nuestro pe-  
cho la mide el fiel de su himno. El ‘Himno  
a Murcia’, claro. Y que no me muera yo sin  
que lo cuente.

#### 4 MILANOS CON DOS PIES Y CON DOS MANOS

Entre las perlas literarias, de literatu-  
ra culta y popular, que mis continuos ‘re-  
buscos’ en bibliotecas, archivos, reboticas,  
palomares, cañamazos y trasteros me van  
proporcionando guardo en lugar preferen-  
cial los «Villancicos que se han de cantar  
en la Santa Iglesia Catedral de Cartagena  
de esta ciudad de Murcia, en los solemnes  
maitines del nacimiento de Nuestro Señor  
Jesucristo, este año de 1797, puestos en  
música por don Bruno Molina, maestro de  
capilla de esta Santa Iglesia, quien los de-

dica a su muy ilustre cabildo, en la oficina de la viuda de Teruel».

La obrica, en dulce papel de oblea, muestra en portada un airoso jarrón, metálico o de cerámica, con cinco flores de cinco puntas. Lo que ignoro si será clave de algo, un indesvelado signo. Comienza con el inevitable Nocturno Primero. Villancico de Kalenda y primero de Maytines. Y ya en el Villancico Segundo, se da cuenta del nacimiento del Niño.

*Recitado:*

¡O Niño celestial! ¡Adán segundo!  
 Digan los hombres todos, diga el mundo,  
 ¡O feliz culpa, ó yerro ya dichoso!  
 Pues le viene á dorar un Dios glorioso.  
 Que, amante por el hombre, se ha humanado,  
 ¡Feliz mortal! Que ansioso ya has logrado  
 Ver el siglo del yerro inadvertido.  
 En mejor siglo de Oro convertido.

Con lo de ‘segundo Adán’ aplicado a Jesús tal vez sean menos los que conengan que los que discrepen. Pero no es cuestión de entrar aquí en consideraciones teológicas. Doctores tiene la iglesia. Sobre el mundo al que el Niño llega cabal razón le da la copla que incluye el Nocturno Tercero. Villancico séptimo:

*Tonadilla.*

Para bien de todo el mundo  
 Naces Niño, en un establo;  
 Pero de este mundo infame  
 Has de ser muy mal pagado.  
 A tan mal tiempo  
 Niño has llegado  
 Que aqueste mundo  
 Tan enredado,  
 Todo es falacia,  
 Todo es engaño,  
 Por tus finezas,  
 Por tus alhagos,  
 Con desprecios, mi Niño,  
 Serás pagado.

Va de sí que el mundo de entonces no era mejor que el actual. Ningún tiempo pasado fue mejor. Ni peor. El mundo es lo que es. Permanente acechanza, enredo,

falacia. Reflejo del hombre que contamina todo lo nacido. Con desprecios, mi Niño, serás pagado. Y con la cruz que te está reservada. Y los clavos que el herrero labra. Porque el hombre es lobo del hombre, rampante rapaz. Razón que viene a cuento de la escena que refleja el Villancico Octavo. El más medularmente murciano, con un protagonista cuya elemental condición rezuma Huerta por mor de su aspecto murrio, que es la forma natural que aquí se tiene de nombrar al cabizbajo.

*Estríbillo*

*Coro.* Dinos, Paco, lo que tienes,  
 Que tan murrio vienes hoy.  
*Solo.* ¡Ay qué pena! ¡qué congoja!  
 ¡Qué trabajo! ¡qué dolor!  
*Coro.* ¡Qué te aflige? *Solo.* ¡Ay qué pena!  
*Coro.* ¿Por qué sientes? *Solo.* ¡Qué dolor!  
*Coro.* ¿Estás malo? *Solo.* No estoy malo  
*Coro.* ¿Estás pobre? *Solo.* No Señor,  
 1. ¿Se te han muerto las ovejas?  
 2. ¿El jumento se murió?  
*Solo.* No Señor, no es nada de eso:  
 ¡Qué trabajo! ¡qué dolor!  
*Coro.* Di lo que te aflige al punto,  
 Y no seas machacón.  
*Solo.* Lo diré, tengan paciencia.  
 Que también la tengo yo.

Filosofía natural. Bien por Paco. Un gran tipo. La pachorra que él tiene han de tener quienes quieran saber qué es lo que le aflige, que tan murrio compadece y tan entristado exclama: ¡Ay qué pena!, ¡qué congoja!, ¡qué trabajo!, ¡qué dolor. Ni está malo ni está pobre. Ni se le murieron las ovejas ni el jumento. No es nada de eso. Quiá. Pero él sigue con su particular cantinela, firme en su pena: ¡Qué trabajo! ¡Qué dolor! Todo lo cual seguidamente explica, con campechana socarronería, expresión del humor que la olvidadiza Murcia actual ha olvidado.

*Recitado.*

No queréis, ¡qué dolor! ¡pena prolixa! [prolija]  
 ¿No queréis que me aburra, y que me aflija?  
 Si teniendo, (con mucho del esmero) Una Gallina en mi Gallinero,

Con diez pollos, (tan lindos, y tan bellos.)  
 Para hacer un regalo al Dios nacido.  
 Tan solo me han quedado quatro de ellos:  
 Pues los seis, con su madre se han perdido.  
 Con la pena, y dolor que así me aflije,  
 A las vecinas hoy, así les dixé.

Ahora, se va a saber lo que les dijo.  
 Pero, antes ... urge ponerse en situación.  
 Hay que pensar en un gallinero de cañas  
 trenzadas con cordeta por el murrio amigo  
 Paco. O con urdimbre de alambreira y arri-  
 mos de espino. Hay que pensar en un galli-  
 nero entre la casa y el huerto, al amparo de  
 una tená, de un parral o de media docena  
 de airosos mirabobos, al pie de la regadera  
 que procura agua al bancal de las acelgas  
 y al cornijal de las pavas. Hay que pensar  
 en un gallinero cuya gallina y dos de sus  
 seis polluelos, reservados para la ofrenda  
 al recién nacido, de noche le madrugaron.

#### *Aria*

¿Oye usted? Tía Juliana,  
 La Gallina que perdí.  
 ¿Acaso en su casa entró?  
 Pues todita la mañana  
 Los pollitos, con que gana  
 Buscan con su pi, pi, pi,  
 De su madre el cló, cló, cló.

Respondióme una vecina  
 Al salir de la cocina:  
 Tío Paco, andan Milanos  
 Con dos pies, y con dos manos.  
 Y alguno se lo rapó.  
 Pues Niño del alma mía,  
 ¿Qué podré ofrecerte yo?

Gran congoja la del murrio Paco. El  
 buen hombre ha perdido la parte esen-  
 cial del regalo que tenía reservado para  
 ofrecer al Niño, al recién nacido en Belén.  
 ¿Qué podrá ofrecerle ahora? Si lo que,  
 ayer, fuera alegría en su triunfal gallinero;  
 hoy, es orfandad y murria. Los pollitos con  
 su pi, pi, pi, buscan de su madre el cló,  
 cló, cló. Un milano con dos pies y con dos  
 manos lo birló.

Porque en los cielos del Señor hay mi-  
 lanos con dos patas y dos alas.

Y en la tierra, su revés, milanos con  
 dos pies y con dos manos.

¡Ay qué pena, qué congoja, qué trabajo,  
 qué dolor!

Qué lección de esencialidad, de oro del  
 limonero, de agua de la tinaja y de embo-  
 cado vino del porrón. Quienes hoy en día  
 versifican en 'panocho', en términos que  
 nadie reconoce como propios porque son  
 pura invención, harían bien en fijarse en  
 estos ejemplos de verdad desenmascara-  
 da. Poner la Huerta, al huertano y lo huer-  
 tano, ante un espejo converso, ofrece un  
 resultado atroz; una pésima caricatura de  
 la realidad, un insufrible esperpento.

Bienaventurados mis imitadores por-  
 que suyos serán mis defectos. Las piezas  
 de literatura popular de los siglos que  
 al tiempo actual preceden prueban que  
 todo en la huerta de Murcia era tan na-  
 turalmente dulce como el hilo de miel que  
 destilan en la rama de la higuera los higos  
 macocos.

Ambrosía para el fino paladar.

\* Antonio Martínez Cerezo es escritor, histo-  
 riador y académico